

STONEHENGE

BERNARD CORNWELL

STONEHENGE

Una novela del año 2000 a. C.

Traducción de Eduardo Iriarte Goñi



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Stonehenge*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: julio de 2022

© 1999, Bernard Cornwell
© de la traducción: Eduardo Iriarte Goñi, 2000
© de la presente edición: Edhasa, 2000, 2022
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6408-8

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 11459-2022

Impreso en España

En memoria
de Bill Moir
1943-1998

«Las arboledas de los druidas han desaparecido; tanto mejor:
Stonehenge sigue ahí; pero, ¿qué diablos es?»,
Lord Byron, *Don Juan*
Canto XI, verso XXV

PRIMERA PARTE

El Templo del Cielo

Los dioses hablan por medio de señales. Quizá sea una hoja que cae en verano, el gañido de una bestia agonizante o el rielar del agua en calma producido por el viento. Tal vez sea el humo que flota a ras de tierra, un claro entre las nubes o el vuelo de un pájaro.

Sin embargo, ese día los dioses enviaron una tormenta. Fue una tormenta inmensa, una tormenta que quedaría en la memoria, aunque la tribu no designó el año como el de la tormenta. En vez de eso, lo llamaron el Año que Llegó el Forastero.

Pues un forastero llegó a Ratharryn el día de la tormenta. Era un día de verano, el mismo día en que Saban estuvo a punto de morir a manos de su hermanastro.

Ese día los dioses no hablaban, sino que clamaban.

* * *

Al igual que todos los niños, Saban iba desnudo en verano. Era seis años menor que Lengar, su hermanastro, y, puesto que aún no se había sometido a las pruebas de iniciación a la edad viril, no lucía cicatrices tribales ni tatuajes de muerte. Sin embargo, sólo quedaba un año para que tuviera que presentarse a las pruebas, y su padre había dado instrucciones a Lengar de que se llevara a Saban al bosque y le enseñara dónde encontrar venados, dónde andaban al acecho los jabalíes y dónde tenían los lobos sus guaridas. A Lengar no le había hecho ninguna gracia el cometido, y en vez de instruir a su hermanastro lo hizo adentrarse por

una espesura de espinos hasta que la bronceada piel del chico estuvo cubierta de sangre. «Nunca serás un hombre», se mofó Lengar.

Saban, prudente, no dijo nada.

Hacía cinco años ya que Lengar era hombre y ostentaba las cicatrices azules de la tribu en el pecho y las marcas del cazador y el guerrero en los brazos. Llevaba un arco de tejo con puntas de cuerna tensado con fibras de ligamento y lubricado con grasa de cerdo. Su túnica era de piel de lobo y llevaba el largo cabello moreno trenzado y atado con una tira de piel de zorro. Era alto, tenía el rostro enjuto y se lo consideraba uno de los grandes cazadores de la tribu. Su nombre significaba «Ojos de Lobo», pues su mirada tenía un matiz amarillento. Al nacer se le había dado otro nombre, pero, como muchos miembros de la tribu, al llegar a la edad viril había elegido un apelativo distinto.

Saban también era alto y tenía el pelo largo y moreno. Su nombre significaba «el Favorecido», y a muchos miembros de la tribu les parecía adecuado, pues, ya a sus doce veranos escasos, Saban prometía ser bien parecido. Era fuerte y ágil, trabajaba duro y sonreía a menudo. Lengar rara vez esbozaba una sonrisa. «Tiene una nube en el rostro», comentaban las mujeres sobre él, aunque no cuando pudiera oírlas, pues era probable que Lengar fuese el siguiente jefe de la tribu. Lengar y Saban eran hijos de Hengall, y éste era el jefe del pueblo de Ratharryn.

Lengar obligó a Saban a caminar por el bosque durante todo aquel largo día. No encontraron venados, jabalíes, lobos, uros ni osos. Se limitaron a andar, y por la tarde llegaron a los confines de las tierras altas y vieron que todo el paisaje hacia el oeste estaba ensombrecido por una masa de nubes negras. El culebreo de un relámpago dio un matiz pálido a las oscuras nubes, se precipitó hacia el extremo más alejado del bosque y dejó el cielo chamuscado. Lengar se acuclilló con una mano apoyada en el arco pulido y contempló la tormenta que se aproximaba. Debería haberse quedado en casa pero quería poner a Saban en un brete, de modo que fingió que no le importaba la amenaza que enviaban los dioses en forma de tormenta.

Fue mientras contemplaban la tempestad cuando llegó el forastero.

Iba a lomos de un caballito pardo que estaba blanco de sudor. Su montura era una manta de lana plegada y las riendas eran tiras de fibra de ortiga entretrejidas, aunque, de todos modos, apenas le servían de nada, pues estaba herido y parecía cansado, razón por la que había permitido al caballo escoger su propia ruta por la pista que ascendía la empinada escarpadura. El forastero tenía la cabeza gacha y los talones le colgaban casi hasta rozar el suelo. Llevaba un manto de lana teñido de azul y, mientras que con la mano derecha sujetaba un arco, del hombro izquierdo le colgaba un carcaj de cuero lleno de flechas con plumas de gaviota y cuervo. Su barba rala era morena y las marcas tribales que adornaban sus mejillas, de color gris.

Lengar siseó a Saban que permaneciera en silencio y echó a andar tras el forastero en dirección al este. Lengar había colocado una flecha en la cuerda del arco, pero el forastero no se volvió ni una sola vez para ver si lo seguían y el guerrero se alegró de dejar la flecha apoyada contra la cuerda. Saban se preguntó si el jinete estaba vivo siquiera, pues parecía un cadáver inerte a lomos de su caballo.

El forastero era un extranjero. Hasta Saban había reparado en ello, ya que sólo los pobladores de las tierras exteriores montaban aquellos caballitos lanudos y tenían cicatrices grises en la cara. Los pobladores de las tierras exteriores eran el enemigo, y sin embargo Lengar no lanzaba la flecha. Se limitó a seguir al jinete, y Saban siguió a su hermanastro hasta que, al cabo, el extranjero llegó al punto donde se acababan los árboles y crecían helechos. Allí el forastero detuvo el caballo y alzó la cabeza para contemplar el terreno, que ascendía en una pendiente poco pronunciada, mientras Lengar y Saban permanecían ocultos a su espalda.

El forastero vio el helecho y, más allá, donde la tierra era esponjosa sobre la capa subyacente de creta, la pradera. La hierba de la pequeña cresta estaba salpicada de túmulos funerarios. Unos puercos hociaban entre los helechos mientras el ganado pastaba en la dehesa. Allí aún lucía el sol. El forastero se quedó un buen rato en el linde del bosque, atento a la aparición de algún enemigo pero sin llegar a ver ninguno. Hacia el norte desde su posición, muy a lo lejos, había trigales cercados con espinos sobre los que

las primeras nubes, avanzadilla de la tormenta, perseguían sus propias sombras, pero delante de él resplandecía el sol. Al frente había vida; detrás, oscuridad, y el caballito, por voluntad propia, se metió de un salto entre los helechos. El jinete se dejó llevar.

El caballo ascendió la suave pendiente hasta los túmulos funerarios. Lengar y Saban esperaron hasta que el forastero desapareció por la línea del horizonte, lo siguieron y, una vez en la cima, se acuclillaron en la oquedad de una tumba y vieron que el jinete se había detenido junto al Viejo Templo.

Resonó el estruendo de un trueno y otra ráfaga de viento alisó la hierba donde pastaba el ganado. El forastero se bajó de lomos de su caballo, cruzó el foso lleno de maleza del Viejo Templo y desapareció entre los avellanos que tan abundantes crecían dentro del círculo sagrado. Saban supuso que el hombre buscaba refugio.

Sin embargo, Lengar iba tras los pasos del extranjero, y Lengar no era proclive a la clemencia.

El caballo abandonado, atemorizado por el trueno y las reses de gran tamaño, echó a trotar hacia el oeste, en dirección al bosque. Lengar esperó a que el caballo hubiera vuelto a adentrarse entre los árboles y entonces salió de la oquedad y echó a correr hacia los avellanos adonde había ido el forastero.

Saban lo siguió, adentrándose en un lugar en el que no había estado en sus doce años de vida.

En el Viejo Templo.

* * *

Una vez, muchos años antes, tanto tiempo atrás que nadie vivo alcanzaba a recordar aquella época, el Viejo Templo había sido el mayor santuario de la región interior. En aquellos tiempos, cuando los hombres venían de tierras lejanas para bailar entre los anillos del templo, el elevado terraplén de creta era tan blanco que daba la impresión de resplandecer a la luz de la luna. De un lado al otro del radiante anillo había unos cien pasos, y en los viejos tiempos aquel espacio sagrado había sido hollado hasta quedar raso por los pies de los bailarines que rodeaban el Pabellón Funerario, constituido por tres anillos de troncos de roble trabajados.

Habían lubricado los troncos pulidos con grasa de animales y colgado de ellos esquejes de acebo y hiedra.

Ahora el terraplén estaba cubierto de césped y cuajado de malas hierbas. En la zanja crecían pequeños avellanos, y más arbustos de esta misma especie habían invadido el amplio espacio interior del terraplén circular, de modo que, desde lejos, el santuario semejaba un bosquecillo de pequeños arbustos. Donde antaño bailaran los hombres, anidaban pájaros. Un poste de roble del Pabellón Funerario despuntaba por encima del entramado de avellanos, pero el pilar estaba ahora ladeado y su madera, lisa en otros tiempos, cacarañada, ennegrecida y recubierta de hongos.

El templo había sido abandonado, y sin embargo los dioses no olvidan sus santuarios. A veces, en días de quietud en los que se posaba una bruma sobre los pastos, o cuando la luna hinchida permanecía suspendida sobre el anillo de creta, las hojas de avellano temblaban como si las meciera el viento. Los danzarines ya no estaban, pero el poder continuaba allí.

Y ahora el extranjero había entrado en el templo.

Los dioses clamaban.

* * *

La sombra de las nubes engulló el pasto mientras Lengar y Saban corrían hacia el Viejo Templo. Saban tenía frío y estaba asustado. Lengar también estaba atemorizado, pero los moradores de las tierras exteriores eran famosos por su riqueza, y la avaricia de Lengar se impuso a su temor a entrar al templo.

El forastero había atravesado a gatas el foso y trepado el terraplén, pero Lengar fue a la vieja entrada del lado sur donde un estrecho caminillo elevado conducía al interior invadido por la maleza. Una vez hubo atravesado el sendero de entrada, Lengar se puso a cuatro patas y se arrastró entre los avellanos. Saban lo siguió a regañadientes, decidido a no quedarse solo en el prado cuando se desatara la ira del dios de la tormenta.

Para sorpresa de Lengar, la maleza no invadía por completo el Viejo Templo, sino que había un espacio despejado donde se erigiera el Pabellón Funerario. Alguien de la tribu debía de seguir visitando el Viejo Templo, pues se había limpiado de matojos y poda-

do la hierba con un cuchillo, y en el Pabellón Funerario donde ahora estaba sentado el forastero, con la espalda apoyada en el poste del templo que quedaba en pie, yacía un único cráneo de buey. El hombre tenía la cara pálida y los ojos cerrados, pero el pecho se le movía arriba y abajo impelido por una respiración trabajosa. Llevaba una lámina de piedra negra sujeta por tiras de cuero en el envés de la muñeca izquierda. Sus calzones de lana estaban impregnados de sangre. El hombre había dejado caer el arco y el carcaj junto al cráneo de buey y tenía una bolsa de cuero aferrada contra el vientre herido. Había caído en una celada en el bosque tres días antes. Sin llegar a ver a sus atacantes, había acusado el dolor lacerante y repentino de la lanza que le habían arrojado, y entonces hincó los talones al caballo para que lo alejara del peligro.

–Voy a buscar a nuestro padre –susurró Saban.

–Nada de eso –le espetó Lengar entre dientes, y el herido debió oírlo, pues abrió los ojos e hizo un gesto de dolor al inclinarse hacia delante para recoger el arco. Sin embargo, el dolor entorpecía los movimientos del forastero y Lengar fue mucho más veloz. Dejó caer el arco, salió a la carrera de su escondrijo y cruzó el Pabellón Funerario para hurtarle al forastero el arco con una mano y el carcaj con la otra. La celeridad le hizo tirar las flechas de tal modo que sólo quedó una en el carcaj de cuero.

Un murmullo de trueno resonó proveniente del oeste. Saban se estremeció, temeroso de que el estruendo creciera hasta llenar el aire con la ira del dios, pero el trueno remitió, sumiendo el cielo en una profunda calma. «Sannas», farfulló el forastero, y luego añadió unas palabras en una lengua que no conocían Lengar ni Saban.

–¿Sannas? –preguntó Lengar.

«Sannas», repitió el hombre con ansia. Sannas era la gran hechicera de Cathallo, famosa en toda la región, y Saban dio por sentado que el forastero quería que lo curara.

Lengar sonrió.

–Sannas no es de los nuestros –le informó–. Sannas vive al norte de aquí.

El forastero no entendió lo que Lengar le decía.

–Erek –respondió, y Saban, que todavía estaba entre la maleza, se preguntó si era el nombre del forastero, o quizás el nombre

de su dios-. Erek –repitió el herido con más firmeza, pero la palabra no significaba nada para Lengar, que había sacado la única flecha del carcaj del forastero y la había colocado contra la cuerda del arco corto. El arco estaba hecho de tiras de madera y cuerna, encoladas y atadas con fibras de ligamento, y el pueblo de Lengar nunca había usado un arma semejante. Preferían un arco de mayor longitud tallado en madera de tejo, pero a Lengar le llamó la atención la inusual arma. Tensó la cuerda para poner a prueba su fuerza.

–¡Erek! –gritó el forastero.

–Eres un extranjero –replicó Lengar-. No se te ha perdido nada aquí. –Volvió a tensar el arco, sorprendido por la resistencia que ofrecía un arma tan corta.

–Trae a la curandera. Trae a Sannas –le pidió el forastero en su propia lengua.

–Si estuviera aquí Sannas –contestó Lengar, que no entendía más que el nombre-, preferiría matarla. –Escupió-. Ésa es la opinión que me merece Sannas. Es una raposa marchita, un hollejo de maldad, un excremento de escarabajo hecho mujer. –Volvió a escupir.

El forastero se echó hacia delante y, no sin gran esfuerzo, recogió las flechas que habían caído del carcaj, que juntó en un haz para alzarlo a modo de cuchillo como si quisiera defenderse.

–Trae a la curandera –rogó en su propia lengua.

El trueno retumbó hacia el oeste y las hojas de avellano se estremecieron debido a una ráfaga de viento que se había adelantado a la tormenta, cada vez más próxima. El forastero volvió a mirar a Lengar a los ojos y no vio ni rastro de piedad. La muerte no era sino un deleite para Lengar.

–No –suplicó-. No, por favor.

Lengar dejó ir la flecha. Estaba a sólo cinco pasos del forastero y el pequeño proyectil alcanzó su objetivo con una fuerza repugnante que hizo caer al hombre de costado. La flecha se hundió hasta tal punto que sólo sobresalía del costado izquierdo del pecho del forastero un palmo del astil con plumas negras y blancas. A Saban le pareció que el extranjero había muerto, porque no se movió en un buen rato, pero luego el haz de flechas que con tanto cuidado había hecho se le derramó de la mano al empezar a incorporarse lenta, muy lentamente.

–Por favor –suplicó en voz queda.

–¡Lengar! –Saban salió de entre los avellanos–. Deja que vaya a buscar a nuestro padre.

–¡Cállate! –Lengar había cogido una de sus flechas de pluma negra de su propio carcaj y la había colocado en la cuerda del arco. Se acercó a Saban con el arco dirigido hacia él y sonriendo al ver el terror en el rostro de su hermanastro.

El desconocido también se quedó mirando a Saban, y lo que vio fue un chico alto y bien parecido con el cabello moreno enmarañado y ojos despiertos y ansiosos.

–Sannas –suplicó el forastero a Saban–. Llévame hasta Sannas.

–Sannas no vive aquí –le explicó Saban, que sólo había entendido el nombre de la hechicera.

–Aquí vivimos nosotros –anunció Lengar, que ahora apuntaba con la flecha al forastero– y tú eres un extranjero que nos roba el ganado, esclaviza a nuestras mujeres y engaña a nuestros mercaderes.

Dejó ir una segunda flecha y, al igual que la primera, quedó clavada en el pecho del forastero, aunque esta vez entre las costillas del lado derecho. El hombre volvió a caer de costado, pero, una vez más, se incorporó como si su espíritu se negara a abandonar el cuerpo maltrecho.

–En mi mano está darte poder –aseguró, y un reguerillo de sangre rosada y espumosa le cayó a la barba rala desde la comisura del labio–. Poder –repitió en un susurro.

Sin embargo, Lengar no entendía su lengua. Había disparado dos flechas y el hombre se negaba a morir, de modo que el joven guerrero recogió su largo arco, colocó una flecha en la cuerda y se encaró con el forastero. Echó atrás el enorme arco.

El forastero meneó la cabeza de lado a lado, pero sabía cuál era su suerte y le sostuvo la mirada a Lengar para demostrarle que no temía morir. Maldijo a su asesino, aunque dudaba que los dioses fueran a escuchar a un ladrón fugitivo como él.

Lengar soltó la cuerda y la flecha de plumas negras se hundió en el corazón del forastero. Debió haber muerto al instante, y sin embargo todavía sacó pecho como para repeler la punta de flecha de sílex; luego cayó hacia atrás, se estremeció durante unos instantes y quedó inerte.

Lengar se escupió en la mano derecha y frotó la saliva contra el envés de la muñeca izquierda, donde la cuerda del arco del forastero le había rozado la piel provocándole una escocedura. Al ver a su hermanastro, Saban entendió por qué el forastero llevaba la lámina atada al antebrazo. Lengar bailoteó unos cuantos pasos para celebrar la muerte, pero estaba nervioso. De hecho, no tenía la certeza de que el hombre estuviera muerto de veras, pues se acercó al cadáver con grandes precauciones y le propinó un empujón con la punta de cuerna de su arco antes de dar un salto atrás, por si el fallecido volviera a la vida y se le abalanzara, pero el forastero no se movió.

Lengar volvió a acercarse con cuidado, le arrebató la bolsa de la mano al forastero muerto y se apartó precipitadamente del cadáver. Durante un instante se quedó mirando la cara pálida del muerto, y luego, convencido de que el espíritu del hombre había abandonado su cuerpo, rasgó la cuerda que cerraba el cuello de la bolsa. Miró en su interior, permaneció inmóvil un instante y luego lanzó un grito de alegría. Le había sido concedido poder.

Saban, aterrorizado ante el grito de su hermanastro, dio un salto atrás, y luego volvió a acercarse poco a poco mientras Lengar vertía el contenido de la bolsa sobre la hierba, junto al cráneo blanquecino del buey. A Saban le dio la impresión de que caía una cascada de luz de la bolsa.

Había docenas de pequeños adornos de oro en forma de rombo, cada uno de ellos del tamaño del pulgar de un hombre, y cuatro placas romboidales del tamaño de una mano. Los rombos, tanto los grandes como los pequeños, tenían diminutos agujeros en las puntas más estrechas, de modo que pudieran colgarse de una fibra de ligamento o coserse a una prenda de vestir, y estaban hechos de finísimas láminas de oro en las que había talladas líneas rectas. Pero aquellos dibujos no le decían nada a Lengar, que recuperó de un manotazo uno de los rombos pequeños que Saban había osado coger de la hierba. Lengar hizo un montón con los rombos, grandes y pequeños.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó a su hermano menor, señalando el montón con un gesto.

—Oro —respondió Saban.

–Poder –puntualizó Lengar. Miró al muerto–. ¿Sabes lo que se puede hacer con oro?

–¿Lucirlo? –sugirió Saban.

–¡Imbécil! Con el oro se compran hombres. –Lengar echó atrás el cuerpo apoyando todo su peso sobre los talones. Ahora las sombras de las nubes eran oscuras y los avellanos se mecían movidos por un viento cada vez más fresco–. Se compran lanceros –dijo–, se compran arqueros y guerreros. ¡Se compra poder!

Saban cogió uno de los rombos pequeños y se zafó cuando Lengar intentó recuperarlo. El chico se batió en retirada por el reducido espacio despejado y, cuando tuvo la sensación de que Lengar no iba a perseguirlo, se puso en cuclillas y contempló el trozo de oro. Le pareció extraño que con eso se pudiera comprar poder. Saban alcanzaba a imaginar hombres que trabajaran a cambio de comida o vasijas, a cambio de pedernales o esclavos, o a cambio de bronce con el que se pudieran hacer cuchillos, hachas, espadas y puntas de lanza, pero, ¿por ese trozo de metal? No servía para cortar, sino que simplemente estaba ahí, y sin embargo, incluso en un día encapotado como aquél, Saban apreciaba el brillo del metal. Brillaba como si un trozo de sol estuviera atrapado dentro del metal, y de pronto se estremeció no porque fuera desnudo, sino porque nunca había tocado el oro; nunca había tenido en la mano un trozo del todopoderoso sol.

–Debemos llevárselo a nuestro padre –dijo con reverencia.

–¿Para que el viejo imbécil lo pueda añadir a su tesoro? –preguntó Lengar con desdén. Regresó hacia el cadáver y alzó el manto por encima de los cabos de flecha que sobresalían, para revelar que el muerto llevaba sujetos los calzones con un cinturón cuya hebilla era un buen pedazo de oro amazacotado y que en torno a su cuello colgaban más rombos pequeños ensartados en un tendón.

Lengar miró a su hermano menor de reojo, se pasó la lengua por los labios y cogió una de las flechas que se le habían caído de la mano al forastero. Aún llevaba su arco largo y colocó la flecha con plumas negras y blancas contra la cuerda. Tenía la vista puesta en la maleza de avellanos, evitando deliberadamente la mirada de su hermanastro, pero de pronto Saban cayó en la cuenta de lo que a Lengar le pasaba por la cabeza. Si Saban sobrevivía

para contarle a su padre lo del tesoro del extranjero, Lengar lo perdería, o al menos tendría que luchar por él; pero si descubrían a Saban muerto con una de las flechas con plumas negras y blancas del extranjero clavada, nadie sospecharía que Lengar era culpable de su asesinato, ni que se había apropiado de un gran tesoro. Un trueno resonó hacia el oeste y el viento fríoladeó las copas de los avellanos. Lengar tensaba ya el arco, aunque seguía sin mirar a Saban.

–¡Fíjate! –gritó Saban de repente, al tiempo que alzaba el pequeño rombo–. ¡Mira!

Lengar redujo la presión sobre la cuerda del arco mientras miraba con los ojos entornados, y en ese instante el chico echó a correr como una liebre salida de entre la hierba. Se adentró entre los avellanos y cruzó a la carrera el amplio sendero elevado que conducía a la entrada del Sol del Viejo Templo. Allí había más postes carcomidos semejantes a los que se alzaban en torno al Pabellón Funerario. Se vio obligado a realizar bruscos giros para esquivar sus tocones y, justo en el momento en que los sorteaba, la flecha de Lengar le pasó silbando junto a la oreja.

El trueno hizo jirones el cielo, a la vez que empezaba a llover. Las gotas eran enormes. Un rayo se precipitó contra la ladera de la colina de enfrente. Saban siguió corriendo en zigzag sin atreverse a volver la mirada para ver si Lengar seguía tras sus pasos. La lluvia caía cada vez con más fuerza, llenando el aire con su malévolo bramido pero levantando al mismo tiempo una pantalla para esconder al chico en su huida hacia el noroeste, en dirección al asentamiento. Gritaba sin dejar de correr, con la esperanza de que algún pastor siguiera en la dehesa, pero no vio a nadie hasta que hubo dejado atrás los túmulos funerarios en la cima de la colina y descendía por el fangoso sendero entre los pequeños trigales que sufrían el embate del fuerte chaparrón.

Galeth, el tío de Saban, y cinco hombres más regresaban al asentamiento cuando oyeron los gritos del chico. Volvieron colina arriba y Saban atravesó la lluvia a la carrera para aferrarse al jubón de piel de ciervo de su tío.

–¿Qué ocurre, chico? –le preguntó Galeth.

Saban seguía agarrado a su tío.

–Ha intentado matarme –jadeó–. ¡Ha intentado matarme!

–¿Quién? –indagó Galeth. El hermano menor del padre de Saban era alto, de poblada barba y famoso por sus demostraciones de fuerza. Se contaba que en una ocasión Galeth había levantado el poste de un templo, y no uno de los pequeños, sino un enorme tronco desbastado que descollaba por encima de los demás postes. Al igual que sus compañeros, que estaban talando árboles cuando estalló la tormenta, Galeth llevaba una pesada hacha con hoja de bronce.

–¿Quién ha intentado matarte? –le preguntó.

–Él –contestó Saban a voz en cuello al tiempo que señalaba colina arriba, hacia el lugar donde había aparecido Lengar con el arco largo entre las manos y otra flecha apoyada contra la cuerda.

Lengar se detuvo. No dijo nada, sino que se quedó mirando al grupo de hombres que ahora protegían a su hermanastro y retiró la flecha de la cuerda.

Galeth miró de hito en hito a su sobrino mayor.

–¿Has intentado matar a tu propio hermano?

Lengar lanzó una carcajada.

–Ha sido un extranjero, no yo. –Fue descendiendo la ladera de la colina poco a poco. Su largo cabello moreno estaba húmedo de lluvia, lo que le daba una apariencia aterradora.

–¿Un extranjero? –repitió Galeth, y escupió para ahuyentar la mala suerte. Había muchos en Ratharryn que decían que el próximo jefe debería ser Galeth en vez de Lengar, pero la rivalidad entre tío y sobrino palidecía ante la amenaza de una incursión de extranjeros-. ¿Hay forasteros en la dehesa? –le preguntó Galeth.

–Sólo uno –contestó Lengar con despreocupación, y metió la flecha del extranjero en el carcaj-. Sólo uno –repitió-, y ahora está muerto.

–De modo que estás a salvo, chico –le dijo Galeth a Saban-, estás a salvo.

–Ha intentado matarme él –insistió Saban-, por causa del oro. –Alzó el rombo como prueba.

–Oro, ¿eh? –indagó Galeth, cogiendo a Saban de la mano el diminuto fragmento-. ¿Eso es lo que tenéis? ¿Oro? Más vale que se lo llevemos a vuestro padre.

Lengar lanzó a Saban una mirada de profundo odio, pero ya era tarde. Saban había visto el tesoro y había sobrevivido, y

por tanto su padre se enteraría del asunto del oro. Lengar escupió, dio media vuelta y regresó colina arriba. Se perdió entre la lluvia, enfrentándose a la ira de la tormenta, para recuperar el resto del oro.

Aquél fue el día que llegó el forastero al Viejo Templo en plena tormenta, y el día que Lengar intentó matar a Saban, y el día que todo cambió en el mundo de Ratharryn.

* * *

Aquella noche el dios de la tormenta descargó su ira sobre la tierra. La lluvia aplastó los cultivos y convirtió los senderos en riachuelos. Inundó las marismas al norte de Ratharryn y el río Mai se salió de su cauce y arrastró árboles caídos por el pronunciado valle que serpenteaba por las tierras altas hasta alcanzar el amplio recodo donde se construyera Ratharryn. El foso que rodeaba Ratharryn quedó inundado y el viento arremetió contra las techumbres de paja de las chozas y ululó entre los postes de madera de los anillos de sus templos.

Nadie sabía cuándo habían llegado los primeros pobladores a las tierras junto al río, ni cómo habían descubierto que Arryn era el dios del valle. Sin embargo, Arryn debía de haberse mostrado ante aquellas gentes, pues habían bautizado su nuevo hogar en honor a él y ribeteado de templos las colinas en torno a su valle. Eran templos sencillos, poco más que claros en el bosque donde se alzaba un círculo de troncos, y durante años, nadie sabe cuántos, las gentes seguían los senderos entre los bosques hasta aquellos anillos de madera donde rogaban a los dioses que los mantuvieran a salvo. Con el tiempo, el pueblo de Arryn despejó la mayor parte de los bosques, talando robles y olmos, fresnos y avellanos, y plantando cebada o trigo en los pequeños campos. Pescaban en el río que habían bautizado en honor a la esposa de Arryn, Mai; tenían ganado en los pastos y cerdos en las zonas boscosas que había entre los campos, y los jóvenes de la tribu cazaban jabalíes, ciervos, uros, osos y lobos en los bosques vírgenes que ahora habían hecho retroceder hasta más allá de los templos.

Los primeros templos se deterioraron, y construyeron otros nuevos; con el tiempo los nuevos envejecieron, y sin embargo se-

guían siendo anillos de madera, aunque ahora los círculos los formaban postes desbastados y erigidos dentro de un terraplén y una zanja que constituían un círculo más amplio en torno a los anillos de troncos. Siempre en círculo, pues la vida era un círculo y el cielo era un círculo, el borde del mundo era un círculo y el sol era un círculo, la luna crecía hasta convertirse en un círculo, y esa era la razón de que los templos de Cathallo y Drewenna, de Maden y Ratharryn, de hecho, de prácticamente todos los asentamientos que había dispersos por las tierras, tuvieran forma de círculo.

Cathallo y Ratharryn eran las tribus gemelas del interior. Tenían lazos de sangre y se mostraban tan celosas como dos esposas. Una ventaja para una constituía una afrenta para la otra, y esa noche Hengall, jefe de las gentes de Ratharryn, meditaba sobre el oro de los extranjeros. Había esperado a que Lengar le trajera el tesoro, pero, aunque su hijo mayor regresó a Ratharryn con un zurrón de cuero, no fue a la choza de su padre, y, cuando Hengall envió a un esclavo para que exigiera a su hijo que le llevase los tesoros, Lengar le contestó que estaba muy cansado para obedecer. De modo que ahora Hengall consultaba al sumo sacerdote de la tribu.

–Te desafiará –anunció Hirc.

–Los hijos deben desafiar a sus padres –respondió Hengall. El jefe era un hombre alto y corpulento, con la cara surcada por cicatrices y una impresionante barba enmarañada y manchada de grasa. Su piel, como la de la mayor parte de la gente, estaba oscurecida por el profundo arraigo del hollín y la suciedad, la tierra, el sudor y el humo. Debajo de la mugre, sus gruesos brazos llevaban innumerables marcas azules para demostrar los muchos enemigos que había matado en combate. Su nombre significaba sencillamente el Guerrero, aunque Hengall el Guerrero prefería con mucho la paz a la guerra.

Hirc era mayor que Hengall. Se le veía delgado, le dolían las articulaciones y su barba canosa era más bien escasa. Tal vez Hengall estuviera a la cabeza de la tribu, pero Hirc hablaba con los dioses y, por tanto, sus consejos eran cruciales.

–Lengar se enfrentará a ti –advirtió Hirc a Hengall.

–No lo hará.

–Es posible que sí. Es joven y fuerte –insistió Hirc. El sacerdote iba desnudo, aunque llevaba la piel cubierta por una mezcla

reseca de creta y agua en la que una de sus esposas había trazado con los dedos extendidos figuras arremolinadas. Mientras que en torno a su cuello colgaba de una correa el cráneo de una ardilla, a la cintura llevaba un adorno circular hecho de cáscaras de nuez y dientes de oso. Llevaba el cabello y la barba impregnados de un barro rojizo que se estaba secando y agrietando al intenso calor de la hoguera de Hengall.

–Yo soy viejo y fuerte –se jactó Hengall–, y, si se enfrenta a mí, lo mataré.

–Si lo matas –le dijo Hirc en un susurro–, sólo te quedarán dos hijos.

–Me quedará un hijo –gruñó Hengall, y fulminó con la mirada al sumo sacerdote, pues aborrecía que le recordaran el escaso número de hijos que había engendrado. Kital, el jefe de las gentes de Cathallo, tenía ocho hijos; Ossaya, que había sido nombrado jefe de Maden antes de que Kital la conquistara, había engendrado seis, y Melak, el jefe de las gentes de Drewenna, tenía once. De modo que Hengall se avergonzaba de haber tenido sólo tres hijos, y se avergonzaba más incluso de que uno de esos hijos fuese tullido. También había tenido hijas, claro, y algunas seguían con vida, pero las hijas no eran comparables a los hijos. Y a su segundo hijo, el tullido, el necio balbuciente llamado Camaban, no estaba dispuesto a contarlo como propio. A Lengar lo reconocía, también a Saban, pero no al hijo del medio.

–Y Lengar no me desafiará –aseguró Hengall–, no se atreverá.

–No es ningún cobarde –lo previno el sacerdote.

Hengall esbozó una sonrisa.

–No, no es ningún cobarde, pero sólo lucha cuando sabe que tiene posibilidades de ganar. Por eso será buen jefe si sobrevive.

El sacerdote estaba sentado en cuclillas junto al poste central de la choza. Entre sus rodillas había un montón de finos huesecillos, las costillas de un niño que había muerto el invierno anterior. Las empujó con un largo dedo blanquecino para que adoptaran distribuciones aleatorias que analizó con la cabeza ladeada.

–Sannas querrá el oro –dijo un rato después, e hizo una pausa para dejar que la ominosa afirmación surtiera efecto. Hengall, como cualquier otro mortal, tenía un miedo reverencial a la he-

chicera de Cathallo, pero se limitó a encogerse de hombros como para ahuyentar su imagen-. Y Kital cuenta con muchos lanceros –añadió Hirc como segunda advertencia.

Hengall propinó un empellón al sacerdote, que a punto estuvo de perder el equilibrio.

–Deja que me ocupé yo de las lanzas, Hirc. Tú dime qué significa el oro. ¿Por qué ha llegado hasta aquí? ¿Quién lo ha enviado? ¿Qué hago con él?

El sacerdote paseó la mirada por la gran choza. A un lado colgaba una mampara de cuero tras la que se ocultaban las esclavas que atendían a la nueva esposa de Hengall. Hirc estaba al tanto de que en el interior de la cabaña ya había un enorme tesoro enterrado bajo el suelo, u oculto bajo las pieles amontonadas. Hengall había sido siempre un acaparador que en absoluto se caracterizaba por su tendencia al derroche.

–Si conservas el oro –aseguró Hirc–, habrá hombres que intentarán arrebátártelo. No es un oro cualquiera.

–Ni siquiera sabemos si el oro es de Sarmennyn –respondió Hengall, aunque sin mucha convicción.

–Lo es –afirmó Hirc, al tiempo que señalaba el pequeño rombo traído por Saban, que relucía en el suelo entre ambos. Sarmennyn era una región extranjera muchos kilómetros hacia el oeste, y durante las dos últimas lunas habían corrido rumores de que las gentes de Sarmennyn habían perdido un gran tesoro.

–Saban vio el tesoro –dijo Hirc–, y es el oro de los extranjeros, que adoran a Slaol, aunque lo llaman por otro nombre... –Hizo una pausa, en un intento de recordar dicho nombre, pero no le vino a las mientes.

Slaol era el dios del Sol, un dios poderoso aunque su poder rivalizaba con el de Lahanna, la diosa de la Luna, y los dos, que antaño fueran amantes, estaban ahora peleados. Ésa era la rivalidad dominante en Ratharryn, que convertía cada decisión en una agonía, ya que un gesto a favor de uno de los dioses provocaba el resentimiento del otro, y la tarea de Hirc consistía en mantener satisfechos a todos los dioses rivales, no sólo al Sol y la Luna, sino al viento, la tierra, el arroyo, los árboles, las bestias, la hierba, el helecho y la lluvia; a todos los innumerables dioses, espíritus y poderes ocultos.

–Slaol nos ha enviado el oro –aseguró– y el oro es el metal de Slaol, pero el rombo es el símbolo de Lahanna.

Hengall profirió un siseo de desaprobación.

–¿Me estás diciendo que el oro es de Lahanna?

Hirac permaneció callado durante un rato. El jefe aguardó. El sumo sacerdote tenía entre sus cometidos el de determinar el significado de los sucesos extraños, aunque Hengall hacía todo lo que estaba en su mano para que ese significado obrara en beneficio de la tribu.

–Slaol podría haber hecho que el oro permaneciera en Sarmennyn –dijo, al cabo, Hirac–, pero no ha sido así. De modo que son esas gentes las que sufrirán su pérdida. Su llegada a estos pagos no es un mal presagio.

–Bien –se congratuló Hengall con un gruñido.

–Pero la forma del oro –continuó Hirac con tiento– nos dice que perteneció a Lahanna, y creo que intentó recuperarlo. ¿No dijo Saban que el forastero preguntaba por Sannas?

–Así es.

–Y Sannas venera a Lahanna por encima de cualquier otro dios –continuó el sacerdote–, de modo que Slaol debe habérselo enviado para evitar que llegue hasta ella. Pero Lahanna estará celosa, y nos pedirá algo a cambio.

–¿Un sacrificio? –preguntó Hengall con recelo.

El sacerdote asintió y Hengall puso mal gesto al pensar en la cantidad de animales que querría sacrificar el sacerdote en el templo de Lahanna, pero Hirac no se proponía infligir semejante merma a la riqueza de la tribu. El oro era importante; su llegada, extraordinaria, y la respuesta debía ser de una generosidad proporcional.

–La diosa querrá un espíritu –sentenció el sumo sacerdote.

Hengall se animó al reparar en que su ganado quedaba a salvo.

–Te puedes llevar a ese necio de Camaban –propuso el jefe, refiriéndose a ese segundo hijo que había repudiado–. Aplástale el cráneo y haz que sirva de algo.

Hirac, que seguía en cuclillas, se echó hacia atrás con los ojos entrecerrados.

–Lleva la señal de Lahanna –dijo en voz queda. Camaban había salido de su madre con una marca de nacimiento en forma

de medialuna en el vientre, y la medialuna, al igual que el rombo, era un símbolo sagrado de la luna-. Es posible que Lahanna se ponga furiosa si lo matamos.

-Quizá le agrade su compañía -sugirió astutamente Hengall-. Quizá lo marcó por esa razón, para que se lo enviáramos, ¿no crees?

-Cierto -convino Hirc, y la idea le animó a tomar una decisión-. Nos quedaremos con el oro -anunció-, y aplacaremos a Lahanna con el espíritu de Camaban.

-Bien -se alegró Hengall. Se volvió hacia la mampara de cuero y gritó un nombre. Una esclava se acercó nerviosa hasta quedar iluminada por el resplandor de la hoguera-. Si voy a enfrentarme a Lengar por la mañana -informó el jefe al sumo sacerdote-, más vale que engendre ahora otro hijo. -Indicó a la chica con un gesto que fuera hacia el montón de pieles que constituía su lecho.

El sumo sacerdote recogió los huesos de niño y se fue apresuradamente hacia su propia choza bajo la lluvia, cada vez más densa, que le deslavó la creta de la piel.

El viento seguía soplando. Los rayos zigzagueaban hasta la tierra, tornando el mundo de colores negro hollín y blanco creta. Los dioses clamaban y los hombres no podían sino guarecerse, presos del terror.